

Espacio interior y grupo doméstico en viviendas de clase media de la Ciudad de México

Bruno Cruz Petit, Universidad Motolinía del Pedregal, México

Resumen: En este documento se propone un análisis sociológico del interior de la vivienda de clase media urbana mexicana. Concretamente, se indagan los cambios que se producen en el interior de la vivienda como consecuencia de determinados cambios sociales en la Delegación Benito Juárez de la Ciudad de México. Se vinculan los datos de un estudio cualitativo con un marco teórico que, en el tema del espacio interior, es relativamente reciente y se ha ido construyendo desde disciplinas muy diversas. A través del análisis de la evolución de los perfiles sociodemográficos de la población y de las experiencias habitacionales en esta parte de la ciudad, pretendo destacar la existencia de nuevas formas de domesticidad contemporánea, con prácticas de consumo, ocio y convivencia que ya no responden al modelo de la casa burguesa tradicional, sino a patrones de vida urbana en los que la vivencia simbólica del hogar se adapta a una determinada realidad espacial y económica. El tipo ideal que propongo, la “casa distendida”, trata de avanzar en la comprensión de un estilo de vida urbano que ha ido sustituyendo al estilo de vida suburbano con el que se inició la delegación.

Palabras clave: vivienda urbana y clase media, espacio interior doméstico, estilo de vida urbano, vivienda en México D.F.

Abstract: This study proposes an analysis of the home interior from a sociological perspective, investigating the changes that occur inside the home as a result of certain social changes in the Benito Juarez district of Mexico City, largely populated by middle class, and linking data from a qualitative study with a theoretical framework, that, regarding the issue of interior space, is relatively recent and has been built from many diverse disciplines. Through the analysis of the evolution of socio-demographic profiles of the population and housing experiences in this part of town, I intend to highlight the existence of new forms of contemporary domesticity, consumption, leisure and living practices that no longer respond to model of the traditional bourgeois house, but to patterns of urban life in which the symbolic experience of the home is adapted to a particular spatial and economic reality. I propose the ideal type, the “relaxed home”, in order to better understand the urban lifestyle that has replaced the suburban lifestyle.

Keywords: Middle Class Urban Housing, Domestic Interior Space, Urban Lifestyle, México D.F. Housing

El interior doméstico no ha sido un tema tratado en las ciencias sociales con una relevancia acorde a la que tiene en la vida cotidiana, hasta hace relativamente poco tiempo, cuando los estudios culturales interdisciplinarios, de género, de antropología, sociología urbana y de vida cotidiana, se han volcado sobre un campo temático anteriormente visto como tema puntual dentro de estudios más amplios de historia de las mentalidades, de antropología y sociología urbana o del consumo¹. Es notable una tradición de crítica arquitectónica que ha contemplado aspectos referidos al contexto histórico y social general de la vivienda y hay muchas monografías específicas de tipo descriptivo (en el aspecto material, técnico y estilístico) sobre todo tipo de espacios interiores. También son numerosos estudios sobre vivienda que forman parte de una tradición de estudios socioeconómicos o sociopolíticos, con obras referidas sobre todo a aspectos de política de vivienda, al desarrollo del mercado público y privado habitacional y a estudios de género en relación a la vivienda². Pero la mayor parte de

¹ Irene Cieraad señala que la mayor parte de las investigaciones sociológicas europeas y estadounidenses sobre arquitectura interior doméstica contemporánea se suelen enfocar en análisis cuantitativos de la condiciones de vida en las viviendas y en la decoración como índice de clase social. “Qualitative research oncontemporary Western domestic space is scarce, and interpretations of domestic practices are even more exceptional” (Cieraad, 2006:1).

² Afirma M. Scheingart (1991:14) que la mayoría de estudios sobre la vivienda en México se inscriben dentro de la corriente de la sociología urbana y que hay pocos de tipo geográfico, antropológico e histórico.



los estudios urbanos toman como referencia el conjunto del parque habitacional y se detienen en el umbral de las casas; es relativamente reciente la consideración del interior doméstico, visto en detalle, como objeto legítimo de estudio socio-espacial, quizás por ser éste un ámbito tradicionalmente femenino. Este trabajo es un esfuerzo por acercarnos a una realidad íntima, compleja y difícil de aprehender como es la de los espacios personales domésticos, para poder articular una reflexión que vincule lo microsocioal con lo macrosocioal, la vivencia de los actores con el marco socioespacial. Ello ha obligado a recurrir a la interdisciplinaredad, articulando un enfoque de tipo antropológico y microsocioalógico (adecuado para ver las elecciones individuales y la producción de sentido derivada de las acciones y discursos), con el enfoque socioalógico que nos permite ver las estructuras que constriñen el universo de las prácticas (teniendo en cuenta lo urbano y lo económico). El artículo se basa en una investigación documental y en un estudio cualitativo lleva a cabo como parte del trabajo de tesis de doctorado en la UNAM. La idea que guió la investigación previa al artículo viene sintetizada en una afirmación de Halbwachs (1997:195) que me parece coherente, clarificadora y aplicable a la relación entre los habitantes y el interior habitacional: “cuando un grupo se inserta en una parte del espacio, lo transforma según su imagen, pero al mismo tiempo se pliega y se adapta a las cosas materiales que se le resisten”. Siguiendo este planteamiento, voy a ver, después de proponer un punto de partida teórico, cuál es el orden espacial dado, el contexto geográfico que se encuentran los residentes de la delegación Benito Juárez, para posteriormente observar cómo éstos viven y modifican sus viviendas y la percepción de la misma, según sus posibilidades.

La vivienda como construcción social

En el interior de las viviendas se realizan unas prácticas cotidianas que vienen sintetizadas en la idea de “habitar”, término cuyo uso considero muy pertinente porque refleja claramente el cruce entre las dimensiones sociales y espaciales de dichas actividades. Habitando, en efecto, se satisfacen en el espacio unas necesidades físicas, culturales y sociales (Rapoport, 1972). La casa responde a dichas necesidades y lo hace con unos modelos habitacionales que son los que las personas encuentran ya dados en las ciudades contemporáneas. El carácter constrictivo de la vivienda es el que le confiere su naturaleza de “hecho social”. Pezeu-Massabau (2003:166) nos dice que “conocemos los límites a nuestras inclinaciones personales; la más leve discusión de nuestro proyecto íntimo de habitar con el artesano, el empresario o el arquitecto, poseedores de estos códigos, nos hace sentir su rigor”³. Dependemos de nuestro entorno, que tiene un pasado, una historia de relaciones entre cambios culturales y cambios en la manera de habitar que heredamos tanto a nivel de un estado material (la casa) como de unas costumbres y representaciones colectivas asumidas por las prácticas y en los discursos sobre las mismas. Además, la vivienda, fuertemente marcada por condicionantes de tipo económico y urbano, es uno de los indicadores más claros a la hora de identificar a las clases sociales. El nivel adquisitivo de las personas, marca sus posibilidades habitacionales. La clase social, entendida al modo clásico o en sus variantes más contemporáneas, constituye el motor de una esfera de constreñimiento espacial que la sociología urbana ya ha señalado muy bien, al describir el fenómeno de la distribución en la ciudad de las clases sociales según su capacidad de ingreso. Al interior de la vivienda, también se refleja el orden social no sólo en la cantidad de espacio disponible sino en todas las comodidades y lujos al alcance del grupo doméstico. Asimismo, las prácticas cotidianas en la casa son prácticas culturales estructuradas por un *habitus* que refleja una determinada posición en el espacio social, dada por el capital económico y cultural (Bourdieu, 2002).

Si lo anterior parece ser una certeza, también lo es la capacidad de los individuos de transformar, en la medida de sus posibilidades, la realidad habitacional por medio de elecciones. La casa es el punto en el que se encuentran la toma de decisiones de los hogares y la de los constructores. El

³ Ya en Durkheim encontramos la idea de vivienda como constrictión. “No podemos elegir la forma de nuestras casas, así como tampoco podemos elegir la forma de nuestros vestidos”, señala E. Durkheim, para continuar afirmando que “el tipo de vivienda que se nos impone no es otra cosa que el modo en que se han acostumbrado a construir las personas que nos rodean y, en parte, las generaciones anteriores” (Durkheim, 2000: 68).

estudio de la casa pasa, según E. Shove (2006:131), por el análisis de las elecciones domésticas y corporativas, algo con lo que estoy de acuerdo siempre que no se pierda de vista el hecho de la apropiación y vivencia simbólica (que puede no ser resultado de elecciones, simplemente se produce) y que ambos comportamientos se dan dentro de un marco social, histórico y urbano constrictivo. El acierto de la perspectiva sincrónica es que ayuda a articular la investigación en el presente habitacional y que pone de relieve el papel activo de los actores implicados en el habitar. Efectivamente, habitar es adaptarse a una realidad dada, encontrando vías de realización de acciones que expresan el poder de la “agencia” humana, creadora de estructura social en la configuración de la vida cotidiana (Giddens, 1990: 69). Toda estructura limita y habilita al mismo tiempo, pues abre un campo de posibilidades de la acción (Giddens, 1995: 64). Siguiendo este planteamiento, cabe plantear como enfoque general el hecho de que la vivienda, a la vez que constriñe, permite, en su interior, una vida social e individual que no existiría sin ella. El compromiso giddensiano entre la sociología funcionalista y la proveniente del individualismo metodológico nos ayuda a concebir el habitar como una tensión entre la restricción y la elección, dada ésta por la habilitación.

En la vivienda encontramos diversos niveles de restricción-habilitación. En cada uno de ellos se satisface una necesidad respecto a unos requerimientos dados y se liberan los agentes en relación a una esfera de constreñimiento. Se genera un ámbito de autonomía que, a su vez, puede dar lugar a otro nivel de restricción en la vida de las personas. Al tiempo que emancipa a las sociedades en su relación con la naturaleza (protegiendo a los individuos del clima), la vivienda, como la ciudad, también llega a funcionar como forma de control social sobre las personas mediante la regulación del espacio en el que viven. En otro nivel tiene propiedades habilitadoras, no sólo en el terreno físico sino sobre todo en el terreno simbólico. Gracias a la casa, las personas y los grupos humanos pueden conformarse una identidad. La vivienda da identidad a las familias y también contribuye a reforzar la identidad de sus ocupantes.

Así, en el tema de los significados de la vivienda es pertinente acudir a un enfoque que, más allá de la aproximación sociológica “objetivista” y de la dimensión estructural del problema (urbana, histórica, económica), contemple la vivencia y la representación subjetiva respecto a nuestro objeto de estudio. En este sentido, cabe recordar que las representaciones en torno a la casa se dan, en gran parte, a través de los discursos que, sobre ella, circulan en la sociedad. Desde esta perspectiva, el análisis del discurso tiene interés en la medida en que éste revela el sentido que otorgan los actores a su acción y la dirección de la reflexividad de las prácticas.

La vivienda en la delegación Benito Juárez y los perfiles sociodemográficos de sus habitantes

Los usuarios de vivienda que estudiaremos heredan unos modelos habitacionales ya existentes. Ésta es la esfera de restricción dada por la historia y un contexto urbano que tenemos que tener en cuenta para que el análisis cualitativo sea completo. En este apartado pretendo ver algunos elementos sociohistóricos y urbanos que atraviesan la cotidianeidad del interior doméstico en esta demarcación que consta de una población de 385 439 habitantes que habitan en 156 810 viviendas (según los datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI, del año 2010).

En el periodo virreinal ésta fue una zona de ejidos, en la que Hernán Cortés había tenido el Señorío jurisdiccional que le daba poder para nombrar a las autoridades civiles. Los pueblos, haciendas, tierras comunales, potreros y ranchos que conformaban lo que es la actual delegación estuvieron sujetos al Corregimiento de Coyoacán, de quien dependían desde el punto de vista administrativo y judicial. En el siglo XIX se produce una transformación profunda del país y de la manera de organizar el espacio urbano y doméstico, con casas que responden a nuevas tipologías (Ayala, 1996; Boils, 2005; Martín Hernández, 198). Con la llegada de los liberales al poder, las ciudades empiezan a crecer de manera importante, crecimiento protagonizado por desarrollistas privados, que compran terrenos agrícolas y predios eclesiásticos para transformarlos en colonias residenciales, en las que se va a dar el paso de definitivo hacia una domesticidad vinculada a lo que se ha llamado “sociabilidad restringida” moderna, opuesta a la “sociabilidad abierta” (a la calle, el

barrio) tradicional (Ariès, 1987). La nueva domesticidad está ligada a la intimidad, a la vida familiar y a una rica conciencia del interior de las viviendas (Rybczynski, 2006: 84); constituye un ideal burgués que se convertirá en parte de la cultura dominante y será poco a poco impuesto a todo el espectro de los sectores sociales. De 1950 a 1960 el área delegacional experimenta un acelerado proceso de urbanización y crecimiento demográfico, dejando de ser para los ciudadanos la periferia de la ciudad y para convertirse en parte de su centro. Las viviendas unifamiliares, las casas solariegas y las vecindades van cediendo su lugar a edificios de departamentos. Es el momento en el que formas suburbanas de domesticidad, descritas por H. Lefebvre (1975:151-173) como recreaciones “sentimentales” y “poéticas” del modelo de domesticidad de la élite y del pasado, empiezan a convivir con un estilo de vida más urbano, donde la vivienda va perdiendo su carácter sagrado y se vive de manera más funcional. La actual Delegación Política Benito Juárez, con los límites que conocemos, nace el 30 de diciembre de 1972, cuando se modifica la ley que regula al Gobierno del Distrito Federal y se traspasan competencias de las oficinas centrales del gobierno capitalino a las 16 delegaciones. Con la llegada del metro y el aumento de la actividad económica, la zona convierte en un área laboral y comercial que llega a recibir, en el 2005, a una población flotante de dos millones personas. El aumento del tráfico vehicular ya había hecho necesario convertir en vías rápidas a los ríos Churubusco, Becerra y la de la Piedad. Lo mismo ocurrirá a finales de los setenta con un conjunto de calles que se transforman en ejes viales. Las viviendas unifamiliares, las casas solariegas y las vecindades van cediendo su lugar a edificios de departamentos, como los de la colonia Nápoles. Además, en estas mismas décadas crecen varias colonias residenciales alejadas del centro y dirigidas a sectores medios-altos y altos, como San Ángel, El Pedregal, Coyoacán o las Lomas, lo que, aunado a la crisis económica que inicia los años ochenta, provoca una pérdida de población en esta delegación que se consolida como un lugar de habitantes con perfiles socio-demográficos heterogéneos pero entre los que predomina la clase media. La disminución de población en los años noventa (de 399 habitantes en 1990, se pasa a 350 mil habitantes en 1995 y 332 000 en el 2000) y la disminución en el número de nacimientos (13 497 en 1990, a 5 322 en el 2002), va acompañada de una reducción del número de ocupantes por vivienda (6 en 1970, 5 en 1990 y 3,1 en el 2000). El tamaño de las viviendas nuevas ha aprovechado esta tendencia, maximizando el suelo disponible.

En el apartado de régimen de propiedad de la vivienda, se registra un acceso a la propiedad muy pronunciado en el transcurso del siglo XX (la vivienda en propiedad pasó de ser el 16,6% en 1950 al 51% en 1990, para llegar al 56,3% en el 2000) con una ralentización a partir de la década de los noventa, momento en el que también decae la construcción de vivienda protegida. La vivienda en alquiler, menos proclive a las antiguas formas de apropiación simbólica del espacio, se va generalizando.

En los últimos años la vivienda en la delegación Benito Juárez se ha encarecido como resultado de un aumento de la demanda por parte de una clase media y media-alta interesada en disfrutar las ventajas de la centralidad de la delegación y de sus equipamientos, aunada a un aumento de los costes del suelo debido a la posibilidad de construir grandes edificios⁴. La entrada de profesionistas de alta cualificación (la escolaridad promedio es de 13.2 años, la más alta del país) en viviendas nuevas o de alquiler permite pensar que estamos ante un proceso de “gentrificación” (Glass, 1964, Smith *et al.*, 1986) aunque muchos residentes de bajos ingresos llegan a permanecer en sus viviendas (sobre todo cuando son propietarios) por lo que, en el corto plazo, es pertinente usar la expresión “gentrificación sin expulsión” (Sabatini, 2009) para algunas de las 56 colonias de la delegación. Si el ritmo de construcción se había ralentizado en los años 90 (en 1990 había 115 319 viviendas, en 1995, 113 017 y en el 2000, 113 741) en la pasada década ha habido un importante auge “inmobiliario, inducido por el aumento de los precios (de las 122 176 viviendas del 2005 se pasó a 156 810 en el 2010). Algunos de los edificios construidos se presentan como “desarrollos residenciales”, interesantes de analizar porque tienen en cuenta la evolución de los perfiles demográficos anteriormente

⁴ Escenario estimulado por la nueva normativa urbana, con el famoso Bando Informativo Número 2, decretado en el año 2000, con el objetivo de densificar las delegaciones centrales y e impedir que la mancha urbana siguiera creciendo en la periferia. En la delegación Benito Juárez, entre 2001 y 2005, el aumento del coste del suelo fue del 84,5%. Según los anuncios del Aviso Oportuno el crecimiento anual fue de un 20%, es decir, el mercado creció en un 100% (Tamayo, 2007).

descrita. Son edificios o conjuntos de edificios pensados para parejas de altos ingresos con pocos hijos (uno, o máximo, dos), con servicios y equipamientos comunes que se ofrecen como espacios habitacionales seguros y, si no completamente autosuficientes, sí con algunos elementos que hacen pensar en un cierto repliegue respecto al espacio público urbano. En nuestra área de estudio, los desarrollos se presentan como una solución “holística” al problema residencial de las grandes ciudades. Se intenta conciliar las ventajas de la ubicación con las de una comunidad protegida social, psicológica y ambientalmente, como las descritas para las comunidades valladas (Low, 2003). Se reúnen así, quizás de manera contradictoria, signos provenientes tanto del estilo de vida suburbano (lo “exclusivo”, como aquello ajeno a la ciudad) como del urbano (la elección de vida en apartamento, con el sacrificio del ideal de casa unifamiliar, para no estar aislado de la ciudad). Todo ello influye en el diseño que se propone. Los desarrollos garantizan un “orden” artificial al interior (similar al de los centros comerciales), con un diseño minimalista-contemporáneo de moda, un diseño orientado a dar tranquilidad y limpieza visual, algo de lo que carece la ciudad.

La adaptación del diseño a la ciudad es uno de los aspectos importantes a la hora de analizar el interior doméstico de la clase media de esta delegación, análisis que se presenta a continuación incorporando la visión subjetiva de los propios actores en el proceso de reproducción social de los modos de habitar. Primeramente habrá que ver el hábitat doméstico tal como es percibido, transformado en su interior y vivido en cada una de sus estancias, para poder establecer vínculos entre dicha experiencia y la realidad urbana que se ha descrito.

Vida cotidiana, usos y representación del espacio doméstico en la delegación Benito Juárez a través de los discursos

Entre el año 2009 y el 2012 llevé a cabo una veintena de entrevistas a usuarios de vivienda de la delegación Benito Juárez de la Ciudad de México, de las escogí 17 para analizar en profundidad. Sin llegar a ser una muestra estadísticamente aleatoria (algo complicado en una ciudad en la que, por seguridad, no es fácil acceder al espacio más íntimo de las personas), la muestra incluye personas de distinto sexo, profesión, edad y situación familiar. Las entrevistas fueron semiestructuradas y abiertas, completadas con la observación de la vivienda, transcritas, analizadas independientemente y comparadas entre sí, para ir obteniendo conclusiones sobre los temas más recurrentes. Uno de los aspectos que más llamó la atención en entrevistas a los habitantes a residentes de esta delegación es la transformación en la vivencia de los espacios públicos de la casa. Para la mayoría de entrevistados, la sala es un espacio “para las visitas”, en general poco usado (“ahí está como de adorno, cuando llega a ir alguien entonces ahí estamos, fines de semana, normalmente o reuniones”). Las salas van perdiendo jerarquía en las clases medias; van quedando unidas a los comedores a medida que el espacio urbano se hace más escaso y caro (“hoy día te dicen “espacio sala-comedor”, así te la venden y a nadie le extraña”). En las salas polivalentes, a veces con una zonificación temporal, así como en el *famliy room* (más común en la clase media alta), se produce una convivencia espontánea donde en muchas ocasiones cada usuario está haciendo cosas distintas. En correspondencia con un modelo de familia muy unida, las salas favorecen la vida colectiva con los niños, el que suele encajar en la moda de los *lofts*, con espacios amplios y poco compartimentados. Ese retroceso en los niveles de privacidad de algunas casas se debe también a que las personas trabajan muchas horas fuera y cuando regresan disfrutan estar físicamente mucho rato con la familia (“como llego en la noche pues qué importa que estemos todos juntos, total, ni nos vemos en la semana...!”). Por otra parte, la escasez de espacio ha ido en detrimento del comedor, incluso entre los jóvenes de clase media alta, que ya no disponen de lugar para las enormes mesas de antes.

La cocina es un espacio que está viviendo importantes transformaciones, adquiriendo centralidad en los departamentos más nuevos, ya sea con una ubicación mucho más importante (incluso como primer espacio al que se accede desde la entrada, abierta al comedor y con un diseño más atractivo. Entre las generaciones jóvenes la cocina abierta es más aceptada, porque tiene un importante atractivo visual, dando fluidez a espacios amplios. Pero muchos usuarios la ven como una

disminución de la calidad de vida doméstica (“no lo ha pedido tanto el cliente, sino que más bien es una tendencia de los arquitectos que lo están imponiendo a la gente”).

Los espacios de la privacidad son los dormitorios, los estudios y los baños (santuarios del narcisismo posmoderno), espacios que se encuentran entre los más usados y valorados de la casa. En las nuevas viviendas llama la atención el gran tamaño de los vestidores, convertidos en pasillos completos o recámaras dedicadas al guardado, que funcionan como dispositivos esenciales para un estilo de vida urbano (“los vestidos son los objetos que luces que luces en la calle porque nunca estás en la casa”). Otro fenómeno que se observa es el de la casa como lugar de trabajo, con recámaras que fungan como estudios o despachos. En general el estudio constata que el estilo contemporáneo, en su versión minimalista o ecléctica, es el preferido por las generaciones más jóvenes, por los profesionistas relacionados con el mundo del diseño y la comunicación (diseñadores, arquitectos, ingenieros, periodistas...) y por las familias en las que la esposa trabaja y busca muebles prácticos y fáciles de lavar (“se me hace más práctico y visualmente menos abrumador tener repisas bonitas que tener libreros”). Sin embargo, pese al prestigio que tiene para ciertos sectores sociales este estilo internacional, hay otro sector con estilos de vida menos urbanos y más conservadores, que ve dicho estilo como una concesión a la falta de presupuesto y una restricción a la posibilidad de tener el elemento que ubicamos en el ideal de la gran “casa mexicana”; quizás la hacienda constituye ahí un imaginario poderoso (“la casa de ahora es modernista, no es mexicano, me hubiera encantado... Pero aquí, cuando regresamos a México, empezando, los precios, eran altísimos, no tuvimos mucho tiempo para buscar una casa...”).

No todas las viviendas son vividas con el mismo apego, sobre todo si se trata de hogares en formación, departamentos de solteros, estudiantes, compartidos o transitorios. Ahí tanto la vivienda y como la decoración son vividas como provisionales; y el referente espacial en muchas ocasiones (especialmente entre jóvenes recién emancipados) sigue siendo la casa familiar. Entre usuarios de más edad, se aprecian dos grandes posturas en cuanto a la identificación con la vivienda. Por una parte, la que toma mucho en cuenta el espacio circundante, la ciudad, y sacrifica espacio por ubicación (“el departamento realmente es un departamento muy cómodo, muy céntrico, entonces para mí que vivo solo, realmente pienso que es un lugar ideal para vivir (...); todo me queda cerca, ya no utilizo tanto el automóvil, todo lo hago más a pie”). La vivienda es vivida, en este caso, en su contexto urbano, como punto de anclaje para actividades desarrolladas en la ciudad, tanto profesionales como de ocio. Este estilo de vida urbano, cada vez más generalizado en la delegación Benito Juárez, contrasta con estilos de vida suburbanos que ven la casa como refugio respecto a una ciudad vista como algo hostil, por su tráfico e inseguridad. En este caso, la ubicación, aunque valorada, no es tan prioritaria en la elección residencial (“vivo allí realmente porque se presentó la oportunidad de comprar esa casa”). La casa unifamiliar es el ideal de vivienda para cierto sectores con aspiraciones (“en un futuro voy a tener una casa, esa es la idea. Porque en un departamento no hay privacidad”).

La casa distendida

El hábitat doméstico de la clase media observado en el estudio cualitativo con habitantes de la delegación Benito Juárez de la Ciudad de México refleja el modo de vivir que evoluciona hacia un modelo de familia y de casa que llamaré “distendida”. Este modelo familiar incluye rasgos de la familia pospatriarcal (Flaquer, 1999), en la que se dan relaciones más igualitarias que en épocas pasadas, cuando éstas estaban marcadas por una dominación del hombre de la familia que se traducían en el confinamiento de la mujer en los asuntos domésticos, asuntos considerados “menores”. Sin embargo, no se llega a la equiparación total de género sino que, a medida que la mujer se incorpora al mercado laboral, se da una paulatina incorporación del hombre en las cosas de la casa. Prosiguen ciertas pautas de conducta típicas del modelo tradicional, siendo la mujer muy influyente en las decisiones sobre la elección residencial, en la compra de muebles y en la decoración de la casa. Pero hay una mayor negociación en la pareja en los asuntos domésticos (Putnam, 2006), y no es raro encontrar parejas jóvenes que acuden y deciden juntos en la tienda de artículos para el hogar, así como hombres interesados en la decoración, ya no sólo en su parte técnica sino en la estética.

En la convivencia de las parejas de la casa moderna una de las tensiones comunes es la asignación de espacios a partir de una división obligada del trabajo doméstico, con la cocina vista como lugar de discriminación de la mujer. Los casos que aparecen en el estudio cualitativo reflejan cierta insatisfacción por parte de las mujeres por el estado de las cocinas, necesitadas de remodelaciones que las dignifiquen o las acerquen a los modelos de cocinas de moda. Ello refleja continuidades en un patrón patriarcal de vida poco atento a la mejora de estos espacios⁵. Sin embargo, en general se aprecia cierta distensión en este punto tan documentado por los estudios de género. Por un lado, varias entrevistadas asumen con agrado la vivencia de la cocina, pues el hecho de cocinar es ya un acto cultural (incluso de moda) con un nuevo protagonismo en las relaciones sociales. Por otro, se vive como mal menor, atenuado por la inclusión de la mujer en otras actividades (estudio, trabajo) que son las que realmente configuran su identidad. También la ayuda de un servicio doméstico, la costumbre de comer en muchas ocasiones fuera de la casa y el inicio de una colaboración (percibida como insuficiente o muy puntual) por parte del hombre, alivian en cierta medida las tensiones relativas a este espacio.

Respecto a los hijos, la familia evoluciona hacia una horizontalidad pospatriarcal en las relaciones y en el uso de los espacios. La presencia de los niños en ámbitos tradicionalmente exclusivos de los adultos, como la sala (algo que obliga a un tipo de decoración menos cargada), es un indicador de una proximidad afectiva en todas las familias, desde las más informales hasta las más preocupadas por mantener los principios de autoridad, ya que, cuando parece que todo discurso de defensa de la autoridad es anacrónico, surgen invocaciones nuevas a favor de poner límites a los hijos, con una preocupación más pedagógica que moral. Igualmente, es común encontrar convivencias muy fluidas donde los hijos no se encierran en sus mundos particulares sino que aprecian e incluso reclaman la convivencia con los padres, una convivencia que tiende a alargarse por la prolongación del periodo de estudios y por la tardía y dificultosa incorporación de los jóvenes al mercado laboral. La familia es valorada no sólo como mecanismo de solidaridad y refugio ante las crisis económicas del país. Su papel como núcleo afectivo de las personas sigue siendo enorme en México. Pero esa continuidad se da también gracias a la adaptación de la casa familiar a las exigencias del mundo contemporáneo y a una transformación de los espacios de convivencia que reflejan dicha adaptación. Es en este sentido que vemos disminuir la tradicional jerarquización de los espacios domésticos y la separación de miembros del hogar en ellos; los lugares “antiguos” como la sala y el comedor, se ven reconvertidos en espacios multiusos, extensiones de la cocina o salas de televisión y juegos. Se produce una “zonificación temporal” de las habitaciones (añadida o en contraposición a la zonificación espacial diseñada por los arquitectos), que nos da usos distintos de una misma habitación según la hora (para trabajo en la mañana, juegos en la tarde, lectura en la noche, por ejemplo); por ejemplo, el comedor, con una mesa a veces llena de objetos de la compra, o donde se trabaja con la “laptop” cuando no hay más espacio en las otras recámaras. En las casas y departamentos más amplios, el comedor y la sala formal, en contraste con el resto de la casa que en general tiende a reflejar un modo más apresurado e impaciente de vivir, permanecen como anacronismos amados, compromisos con un modo de vivir que se practica en momentos puntuales. La sala más formal, espacio por excelencia de la conversación, tiene un uso limitado a las ocasiones especiales⁶; en muchas ocasiones, aparece como lugar de ornato y representación, más que el lugar donde se desarrolla la vida cotidiana. Es una concesión a la nostalgia en un momento en que los estilos de vida prosiguen su evolución hacia lo más casual.

Efectivamente, la casa distendida es también el lugar de lo casual y de una sociabilidad espontánea practicada por sus ocupantes, un “estar juntos” haciendo otras cosas, viendo la televisión,

⁵ Y se constata aquí un retraso en la dignificación moderna de la cocina (asociada al poder adquisitivo de la nueva mujer trabajadora) y su nueva ubicación (Gallagher, 2006: 88).

⁶ A. Busch cree que “si bien sentarse y platicar no se hace menos hoy que en tiempos pasados, esa fue una actividad practicada entonces con una disciplina más rigurosa” (Busch, 1999: 153). El mismo nombre inglés del antecesor del “living room”, el “parlor” proviene de la palabra francesa “parler” que daba nombre a la estancia medieval donde era permitido a los visitantes de los monasterios hablar. Sería interesante establecer paralelismo entre esta visión y las teorías que señalan un declive del lenguaje verbal frente al auge de lo visual.

cocinando, chateando en la computadora, una convivencia no planificada ni ritualizada, sino que surge espontáneamente del cruce de actividades similares o compatibles en los mismos espacios. Por ello, los lugares más modernos de la casa son los que propician la sociabilidad espontánea⁷: la cocina, el desayunador, el *family room* o sala de juegos donde tienen cabida una diversidad de actividades y donde la familia se visualiza a sí misma. En estas estancias hay una fuerza hacia lo social común en las familias unidas modernas, contrapuesta a las fuerzas individualistas, las que guían a los habitantes a sus recámaras, baños (los santuarios del narcisismo) y estudios particulares; a las televisiones, computadoras y lecturas individuales. La casa distendida es usada, pues, con una flexibilidad enorme, adaptada a mecanismos que alivian las tensiones que se producen en las relaciones intrafamiliares, producidas por la doble necesidad de ser un mismo en un territorio propio y ser parte de una comunidad que proporcione afecto y compañía.

4.1. Heterogeneidad de los habitantes y transformación de la domesticidad

La casa distendida es asimismo una vivienda que se adapta, no sólo a las múltiples formas de convivencia familiar y ocio contemporáneo, sino a distintos tipos de grupos domésticos, definidos por el tipo de cohabitación y no por lazos jurídicos. Parejas sin hijos, hogares unipersonales (solteros, divorciados, separados), familias monoparentales, departamentos compartidos (por amigos, estudiantes...), son formas de vida ya muy comunes en la ciudad y en una delegación céntrica como la Benito Juárez, con mucha presencia de edificios y departamentos en renta, espacios ideales como residencias transitorias, aunque también son residencias definitivas para parte de su población. En estos casos, la configuración espacial del interior doméstico no necesariamente es transformada completamente. Puede haber salas que funcionan como despachos en los hogares unipersonales (con muebles polivalentes como sofás-cama para los invitados), o dormitorios que fungen como estudios en los departamentos compartidos. Pero muchos espacios retienen su vocación original, en previsión de un cambio en el ciclo de la vida del habitante (si se tiene una pareja a la espera de instalarse definitivamente) o simplemente a modo de inserción a unos códigos habitacionales clásicos (disponer de sala tradicional) a los que no se quiere renunciar pese a llevar un estilo de vida diferente. El carácter transitorio de este tipo de hogares (favorecido por el régimen de tenencia en renta), hace que sea poco atractiva una inversión en una remodelación pensada para encajar mejor la vivienda en el tipo de vida que se lleva. En otros casos, hay una presencia discontinua de miembros de la familia que no residen habitualmente en la casa (hijos que viven con la expareja, parejas que pasan el fin de semana ahí pero que tienen su propio departamento) lo cual configura un entorno abierto a una cierta vida conyugal flexible (“líquida”, en términos baumanianos) en su traducción espacial. La dispersión de la familia en el espacio puede verse compensada por el uso de la comunicación por medio de nuevas tecnologías, cada vez más al alcance del consumidor medio.

El espacio de las redes obliga, en este caso, a repensar la clásica correspondencia entre identidad y espacio, tan documentada por la literatura sociológica, filosófica y arquitectónica. Desde el momento en que el lugar de la memoria individual, las imágenes (fotos), sonidos, mensajes y otros archivos, está en una computadora y cuando parte de la vida social se desarrolla con mensajes a las redes, el espacio circundante ya no es el único paisaje en el que se conforman las identidades. En este punto estoy de acuerdo con D. Morley (2005:140), quien afirma que a partir de los nuevos flujos de información y comunicación, que acercan lo lejano, y del aumento de la movilidad de las personas, ya no podemos mantener la noción tradicional de hogar. Lo anterior, unido a unas posibilidades habitacionales cada vez más escasas, conllevan a una disminución de la casa como referente y eje conformador de las identidades (con un revelador paralelismo ahí respecto a una pérdida similar en cuanto a los referentes laborales). Cabría que hablar de identidades desterritorializadas que

⁷ Dicha sociabilidad es, como nos señalan Eleb-Vidal, Chatelet y Mandoul, una sociabilidad consensuada: “la comunidad familiar permanece como una realidad, pero una realidad compuesta de instantes escogidos y ya no tanto una cotidianidad impuesta” (Eleb-Vidal *et al.*, 1990: 100). Esta tesis coincide con la de Tim Putnam sobre la negociación en la vida conyugal doméstica, dada por el incremento de la agencia individual en el hogar doméstico *posmoderno*.

conviven con las identidades ancladas a un espacio, a una casa o una colonia, comunes entre la gente mayor, los sectores acomodados o muy populares y las personas más tradicionales. De hecho no desaparece el anhelo a un entorno doméstico personalizado de gran calidad, pero en muchos casos se trata de un proyecto, un sueño al alcance de personas que disponen de recursos para obtenerlo, un lujo no estrictamente necesario para llevar una vida práctica y funcional en la ciudad.

Así, uno de los ejes de análisis de todo trabajo sobre el interior de viviendas, la domesticidad, es puesto en cuestión por la complejidad familiar, la llegada de las nuevas tecnologías, con pantallas que son nuevas “ventanas” conectadas a todo el mundo, usadas por “cosmopolitas domésticos” (Echeverría, 1995) que pueden habitar públicamente sus espacios privados y con estilos de vida más individualistas y hedonistas. ¿Cabe hablar de escenario posdoméstico? Creo que hay que ser muy cuidadoso al describir tendencias de este tipo, pues un mismo individuo atraviesa en su vida distintas etapas, durante las cuales vive diferentes utopías espaciales. La domesticidad aparece como eje estructurador al empezar una vida con hijos, por ejemplo, o entre usuarios de clase media-baja que siempre la desearon y que la recrean bajo condiciones a veces muy adversas. También pervive como signo, como elemento de estatus mostrado por entre miembros de clase media-alta que le dedican muchos recursos pese a que luego su vida se desarrolla más en el exterior de la vivienda que en el interior. Ejemplo de ello son las salas infrautilizadas y las supercocinas en las que se invierte más dinero que tiempo. Lo importante pasa a ser mostrar posición social mostrando los signos de la domesticidad, un estilo de vida, un poder de consumo, un conocimiento de las modas. Cabría hablar ahí de una transformación de la domesticidad en la medida en que se transforma la vivencia de la casa, valorada cada vez más con criterios comerciales. Es común encontrar a usuarios que hablan de la “plusvalía” de su vivienda como algo central en su adquisición y mantenimiento, ya que la movilidad residencial es alta y siempre está presente el valor del inmueble como punto de partida de los futuros desplazamientos. De hecho, a grandes rasgos podemos decir que el mundo de lo comercial invade un interior que es sobre todo un lugar de consumo más que un refugio espiritual. Si el lugar de producción (fábrica, oficina) era el modelo sobre el que se concibió el hogar funcional-moderno, en el hogar posmoderno encontramos la estética de los lugares de consumo por excelencia, los centros comerciales, herederos de los pasajes del siglo XIX descritos por W. Benjamin (2005), híbridos de exterior e interior arquitectónicos y símbolos de la ciudad capitalista.

4.1. Maximización de espacios, estilo decorativo

El encarecimiento del espacio urbano y la falta de tiempo debida a la participación en un mercado laboral cada vez más exigente transforman la cultura habitacional de la clase media para maximizar el espacio. “Lo que hice fue aprovechar los espacios que tenía”. Esta frase, pronunciada por un joven profesionalista de altos ingresos, es la síntesis de la cultura habitacional que, salvando las distancias, también hemos visto en departamentos de personas mayores de menos ingresos, repletos de objetos de calidad (sobre todo clásicos) que quieren compensar la falta de espacio mostrando la adquisición de los signos principales de la burguesía. Si el consumo de objetos-signo es aquí un recurso al que se acude a falta de más opciones para distinguir a los hogares, entre los jóvenes que se enfrentan al fenómeno de la escasez y encarecimiento del suelo se adoptan otros modos de maximizar el espacio. Muchos de los habitantes de la delegación son hijos de familias que siempre han vivido en la zona, en la que permanecen para estar próximos a ellas. Pese a tener estudios universitarios y un nivel educativo superior al de sus progenitores, gozan de recursos espaciales menores a los de la generación anterior. No es raro encontrar personas que vivían con sus padres en casas amplias (con lugar para muebles grandes y pesados) que, al independizarse, viven en departamentos más pequeños, sin expectativas de cambio próximo a otras residencias. Se adquieren entonces muebles más pequeños, ligeros, fáciles de utilizar, de mantener, de desplazar, aptos para lograr una atmósfera minimalista. De algún modo, se aceptan, finalmente, las propuestas del movimiento moderno referidas al ropaje del interior, tan impopulares en épocas anteriores por ser austeras en lo visual y en lo vivencial. Pasa a la historia el mueble-artesanía que perduraba una o varias generaciones, el que era depositario de los recuerdos de toda una vida y adquiriría así un “valor de uso emocio-

nal” distinto que el del objeto-producto contemporáneo, el cual proporciona una satisfacción más efímera (y quizás más compulsiva). Ello coincide con una voluntad de sustraerse al fetichismo burgués del objeto, fetichismo reemplazado por el del cuerpo⁸. En ese contexto, los objetos sufren una “tasa decreciente de rentabilidad distintiva”⁹ en la lucha por la distinción pero no desaparecen; pasan a formar parte de una sintaxis decorativa más amplia encaminada a ensalzar a un cuerpo que circula por un espacio libre. Se buscan muebles ergonómicos y objetos que sean visualmente atractivos sin ser invasivos, pues no deben interferir en la exhibición de un espacio, adoración de los arquitectos modernos ya instalada en las prácticas de las clases medias-altas, que exhiben su posesión como símbolo de estatus.

Por consiguiente, se puede establecer una relación entre el fenómeno del nuevo diseño “moderno” y la situación de las nuevas generaciones de la clase media. Ante una disminución del espacio real que se tiene (metros cuadrados y cúbicos) el diseño lo maximiza ganando en funcionalidad y con una estética ligera que evita saturarlo¹⁰.

Ciertamente, el fenómeno del diseño contemporáneo se vincula a estilos de vida más casuales, juveniles, sensuales, ecológicos, distendidos y espontáneos. Pero también se trata de una manera de hacer de la necesidad virtud, como describe Bourdieu para el *habitus* del consumo de las clases populares de su época¹¹, aunque la moda cumple, en este caso, la función de “culturar” una necesidad inventando soluciones que son al mismo tiempo fenómenos estéticos agradables, prestigiosos, anhelados por los usuarios y que incluso pueden llegar a ser elementos de diferenciación social. En las personas provenientes de la clase media-alta con buen nivel educativo se tiende a compensar la pérdida de espacio dada por el contexto económico, urbano y demográfico, con una maximización de los recursos por medio de una ostentación del capital cultural: se escogen pocas piezas de gran calidad, provenientes de lugares exóticos o con diseños novedosos. El conocimiento y el dominio de la información substituye, por necesidad, a la posesión de espacio. Así, en el campo doméstico, el juego de la distinción incorpora al capital cultural mostrado gracias a remodelaciones cuidadas, usando, por ejemplo, elementos que requieren conocimiento (histórico, estético) y con los cuales cierta clase media-alta se puede separar de las clases medias. Junto a personas con gran capital cultural (incluso superior al de ciertos sectores de las clases altas) encontramos subsectores sin gran capital cultural, con un capital económico notable y con una clara vocación de ascensión social, temerosos de una posible pérdida de estatus. Se constata ahí una gran atención hacia las formas de vida de la clase alta (vista en las revistas, en la televisión, en los eventos) a la que nunca alcanza, pues la élite moviliza una gran cantidad de capital económico. La llamada “ansiedad por el estatus” (De Botton, 2004) de estas clases medias ascendentes es aprovechada por empresas que despliegan

⁸ El cuerpo posmoderno es el centro del narcisismo del individualismo actual, sede de los placeres más directos y portador de aparatos como celulares inteligentes que lo convierten en una central multimedia que no necesita la casa para comunicarse. Es sugerente la idea del cuerpo-casa, quizás destino evolutivo final (el espacio corporizado), ya dibujada por los diseños de ciencia ficción desde hace décadas.

⁹ Baudrillard, 1970: 73).

¹⁰ La relación entre especulación, reducción de espacios y diseño, central en este trabajo, ya empezaba a ser detectada durante la urbanización del siglo XIX. E. R. Curtius cita en 1923 el siguiente pasaje de *Los pequeños burgueses* de Balzac: “La especulación desaforada y a contracorriente que año tras año disminuye la altura de los pisos, que convierte en una vivienda entera el espacio que antes ocupaba un salón, que ha declarado una guerra sin cuartel a los jardines, ejercerá su influjo sobre las costumbres parisinas (...)” “¡Sólo interesan cuadros pequeños porque los grandes ya no se pueden colgar! Pronto será un problema considerable tener una biblioteca...” (Benjamin; 2005: 242). El empobrecimiento de la noción de hogar en el mundo del progreso tecnológico y económico es una constante entre los autores críticos con la modernidad. Para I. Illich “el desarrollo económico ha impedido por doquier, y quizá ha hecho del todo imposible, una vida activa, creadora de espacios habitables. El desarrollo económico ha cubierto de cemento el mundo habitable. El medio ambiente se ha vuelto tan duro que nuestros cuerpos ya no pueden marcar en él su impronta (...). Por lo general, en vez de habitar, somos simplemente alojados (...). Habitar equivale hoy a inscribirse en el censo de consumidores de alojamientos y tener derecho a un alquiler o a un crédito-vivienda. La sociedad nos ha despojado del derecho a habitar. (...) Esta privación constituye una forma muy especial de destrucción del entorno, no menos brutal que la contaminación del agua o del aire, aunque hoy por hoy mucho menos reconocida y denunciada” (Illich, 1988: 27-33).

¹¹ “La necesidad impone un gusto de necesidad que implica una forma de adaptación a la necesidad, de aceptación de lo necesario, de resignación a lo inevitable” (Bourdieu, 2002: 132).

una poderosa mercadotecnia en el tema de los inmuebles y la decoración vendiendo signos de estatus más que calidad tangible de vida.

El trabajo de campo realizado confirma las teorías que hablan de una reflexividad cada vez mayor de los sujetos sobre las prácticas espaciales y la significación simbólica de las mismas, reflexividad que da lugar a una notable diversidad en las opciones individuales en cuanto a estilo de vida. No obstante, la realidad que he observado entre la delegación Benito Juárez no encaja con algunas de las teorías de algunos autores que exageran la capacidad de los individuos en la conformación de sus biografías. Las limitantes espaciales y económicas están allí y el despliegue de los estilos de vida tiene de fondo un marco socioeconómico que enmarca y constriñe las elecciones concretas. En este sentido, incluso me atrevo a afirmar que el concepto de estilo de vida, como noción que supera la barrera cultural tradicional de las clases, funciona como una representación colectiva en sí misma, un discurso dominante que alienta al consumo pero que esconde la realidad, el poder “enclasante” de ciertos parámetros del habitar como son la posesión y la ubicación del espacio en la ciudad. El estilo de vida puede incluso llegar a servir como instrumento de la mercadotecnia para vender inmuebles y generar altas plusvalías. Como he señalado, respecto a épocas pasadas hay una liberación en las estrategias de distinción por medio del capital cultural, pero es una liberación que se yuxtapone a una diferenciación total por medio de la posesión de capital económico. En este sentido, las coincidencias o diferencias entre las clases a la hora de elegir estilos, modas y consumo de artículos en el interior del hogar, son en cierta medida superfluas, puesto que lo que da estructura al orden social general son otras variables.

Conclusiones

En síntesis, podemos afirmar que al habitar la clase media constata de entrada unos límites a sus impulsos, sueños, expectativas. Es aquí donde la historia, la economía, la ciudad y la estructura social parecen tener un peso fundamental en las decisiones de los individuos. En estas páginas he tratado de enfatizar la importancia de estas condicionantes al tiempo que he incursionado en el hábitat contemporáneo abordando el ámbito doméstico como campo de elecciones, un campo propicio a un despliegue de la “agencia” individual. Pero he señalado que las elecciones principales, como por ejemplo el mismo grado de saturación decorativa en el interior del hogar, están muy marcadas por la realidad urbana y socioeconómica, que es la de una creciente escasez de espacio. A mi juicio, cualquier estudio de la vivienda urbana en las zonas centrales de las grandes ciudades no puede ignorar el hecho básico del gran aumento de los precios en el mercado inmobiliario de los últimos años. Muchos hábitos de consumo son hábitos conformados por esta realidad asumida y sancionada por las modas del interiorismo contemporáneo, unas modas globales que en muchos casos provienen de países y ciudades con más tradición de especulación y carestía de suelo. *El minimalismo y el eclecticismo moderno, en este contexto, no son más que la maximización de recursos de diseño compatibles con la estrechez de viviendas pensadas para familias con pocos hijos, parejas sin hijos y personas solas. Y es el estilo de vida urbano de los jóvenes el que encarna de manera más clara esta tendencia.* En él, los individuos tienen una vida más enfocada al exterior que al interior. La vida profesional y el hedonismo narcisista de la sociedad de consumo favorecen un entorno que ya no es el de la domesticidad de la casa-refugio burguesa, ideal del estilo de vida suburbano, más familiar. Una tendencia posdoméstica urbana apunta hacia un modelo de vivienda práctica y jovial, ideal que encontramos en los desarrollos de vivienda nueva. En el estilo de vida urbano se compra ubicación, es decir, tiempo, sacrificando espacio. Se suple la falta de control en el espacio del que se puede disponer por el control en el tiempo, maximizando gracias a la cercanía a los lugares de trabajo y ocio.

La delegación Benito Juárez es una demarcación en la que el estilo de vida urbano se va imponiendo al estilo de vida suburbano que la caracterizó en el pasado. Ambas formas conviven, pero los edificios, desde finales del siglo pasado, ya son predominantes. En ellos vemos claramente las nuevas tendencias en la conformación del interior contemporáneo, las que nos hablan de un consumo de productos más efímeros, con decoraciones reversibles (conforme a los ciclos de vida), vivencias habitacionales vinculadas a valores comerciales, por lo que cabe pensar que estamos ante una do-

mesticidad adaptada a una cierta precariedad espacial, a una vida familiar más flexible y a una movilidad residencial en aumento. No siempre hay una correspondencia directa entre espacios y usos, algo que hay que admitir contra la tendencia al exceso de sociologismo en el tema del espacio. Se puede vivir tradicionalmente un interior moderno, o posmodernamente un interior moderno, construido hace varias décadas y apenas transformado. Los espacios son en sí mismos polivalentes; entre el *habitar* y la cultura material, entre la “familia distendida” y la “casa distendida” hay, sin duda, una relación fuerte, pero no unívoca. Así cabe concluir que la apropiación de espacios y objetos es realizable no sólo con su transformación sino también por medio de los discursos, de actitudes y percepciones; un interior pequeño se percibe, en ocasiones, como lujo, por ejemplo, si está en una zona de la ciudad prestigiosa. En este sentido, las nociones de “escaso” y “abundante” aparecen también como construcciones sociales y psicológicas, que se adaptan a una realidad espacial difícil de modificar y por ello percibida como dada por un orden natural o lógico del mundo moderno.

REFERENCIAS

- Aries, Ph. y Duby, G. (1987). *Historia de la vida privada*. Madrid: Taurus.
- Ayala, E. (1996). *La casa de la Ciudad de México. Evolución y Transformaciones*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Baudrillard, J. (1970). *La société de consommation*. París: Gallimard.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal.
- Boils, G. (2005). *Pasado y presente de la colonia Sta. María de la Ribera*. México; UAM.
- Bourdieu, P. (2002). *La distinción, criterios y bases sociales del gusto*. Madrid-México: Taurus.
- Busch, A. (1999). *Geography of Home*. Nueva York: Princeton Architectural Press.
- Cieraad, I. (2006). *At Home, An Anthropology of Domestic Space*. Syracuse-NY: Syracuse University Press.
- De Botton, A. (2004). *Status Anxiety*. Londres: Penguin Books.
- Durkheim, E. (2000). *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- Eleb-Vidal, M., Chatelet, M., Mandoul, T. (1990). *Penser l'habiter, le logement en question*. Lieja: P. Mardaga ed.-PAN.
- Flaquer, LL. (1999). *La estrella menguante del padre*. Barcelona: Ariel.
- Gallagher, W. *House Thinking*. Nueva York: Harper Collins.
- Giddens, A. (1990). *Central Problems in Social Theory*. Los Ángeles: University of California.
- (1995). *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Glass, R. (1964). *London: aspects of change*. Londres: MacGibbon & Kee.
- Halbwachs, M. (1997). *La mémoire collective*. Paris: Albin Michel.
- Illich, I. (1988). La reivindicación de la casa. En I. Illich, *Alternativas II*. México: J. Mortiz-Planeta.
- Low, S. (2003). *Behind the Gates, Life, Security, and the Pursuit of Happiness in Fortress America*. Nueva York: Routledge.
- Martín Hernández, V. (1981). *Arquitectura doméstica de la Ciudad de México (1890-1925)*. México: UNAM.
- Morley D. (2005). Pertenencias, lugar, espacio e identidad en un mundo mediatizado. En L. Arfuch (comp.), *Pensar este tiempo, espacios, afectos, pertenencias* (pp.113-168). Buenos Aires: Paidós.
- Pezeu-Massabau, J. (2003). *Habiter, reve, image, projet*. París: Harmattan.
- Preciado, B. (2010). *Pornotopía, Arquitectura y sexualidad en "Playboy" durante la guerra fría*. Barcelona: Anagrama.
- Putnam, T. (2006). Posmodern Home Life. In I. Cieraad, *At Home, An Anthropology of Domestic Space*. Syracuse-NY: Syracuse University Press.
- Rapoport, A. (1972). *Pour une anthropologie de la maison*. París: Dunod.
- Rybcynski, W. (2006). *La casa, historia de una idea*. San Sebastián: Nerea.
- Sabatini, F., Robles, M.S., Vásquez, H. (2009). *Gentrificación sin expulsión, o la ciudad latinoamericana en una encrucijada histórica*. Santiago de Chile: Udp- Revista 180, n° 24.
- Shove, E. (2006). Constructing Home, a Crossroad of Choices. In I. Cieraad (coord.), *At Home, An Anthropology of Domestic Space* (pp.130-144). Syracuse-NY: Syracuse University Press.
- Schteingart, M. (1991). *Vivienda y familia en México: un enfoque socio-espacial*. México: Colmex.
- Smith, N. y Williams, P. (1986). *Gentrification of the City*. Boston: Allen&Unwin.
- Tamayo, S. (coord.) (2007). *Los desafíos del Bando 2; evaluación multidimensional de las políticas habitacionales en el DF, 2000-2006*. México: UACM-Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda-Instituto de Vivienda del DF.

SOBRE EL AUTOR

Bruno Cruz Petit: Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Autónoma de Barcelona, diplomado en el Institut de Sciences Politiques de París, y maestro y doctor con mención honorífica en Sociología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente es docente e investigador en la Universidad Motolinía del Pedregal (Ciudad de México) donde imparte las materias Antropología del diseño e Historia de la habitación en la Maestría en Diseño de Interiores. Sus líneas de investigación tienen como eje la relación entre espacio y sociedad: sociología urbana, vivienda, sustentabilidad, y antropología de la casa. Ha publicado artículos en las revistas: *Diseño y Sociedad* (UAM Xochimilco), *Anuario de Estudios Urbanos* (UAM Azcapozalco), *Telos* (Venezuela), *Revista de la CIF* (FIMPES), *Cronopio* (Colombia), *Razón y Palabra* y *Revista de Estudios Urbanos y Demográficos* (Colegio de México), *Ángulo Recto* (Universidad Complutense de Madrid) además de artículos de difusión sobre espacio y sociedad (*El Universal*, *Revista Obras*). Es autor de los libros *Breve historia social del interior doméstico* y *Transformación en el espacio interior doméstico contemporáneo*. En el 2005 ganó el segundo puesto en el Concurso FIMPES de investigación; en el 2006 el mismo lugar en el Concurso FIMPES en la categoría de ensayo y en el 2011 el tercer lugar en dicha categoría.